

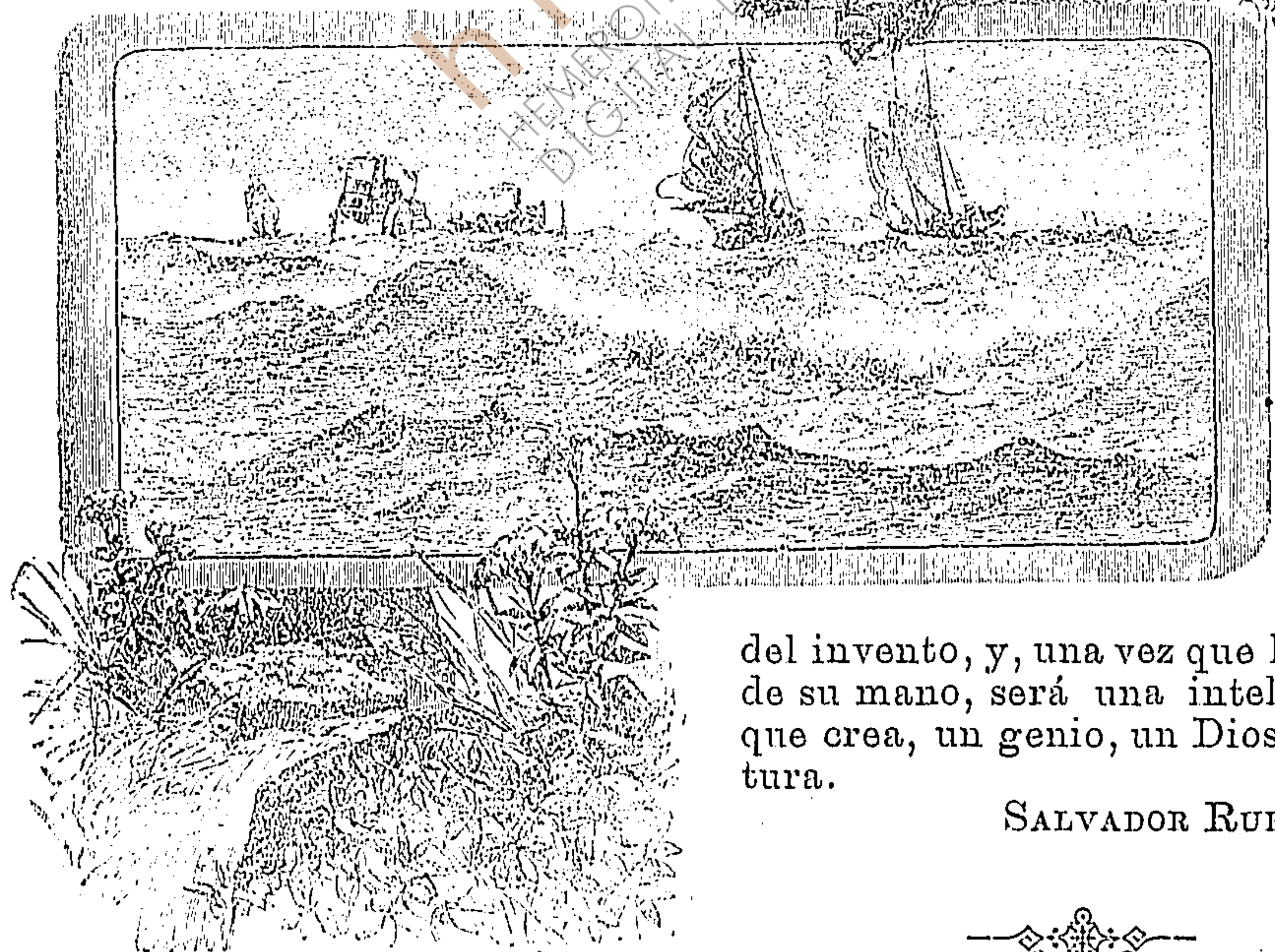
clinándose á veces levemente como el globo terrestre en marcada época del año, y tan pronto tropieza y huye del obstáculo cogiendo el espacio que necesita, como á veces rodea al que dióle fuerzas é impulso, y siempre imita zumbido lejano, como el eco perdido de un torrente.

Pero el niño quiere jugar con su creación, y entonces se inclina y pasa el brevísimo mundo á su mano, mirándole en ella trazar sus movimientos de rotación y traslación.

Deslumbrado por el prodigio, le mira, le sonríe, clava en él los ojos subyugado; pero sintiendo de pronto el afán de destrucción, común al hombre y á los niños, lo ondea con equilibrado movimiento de brazo, inclina el cuerpo sobre tierra, y lanza la creación de su mano, que, rodando, va dando golpes y saltos por el suelo.

¡Oh, no quitéis al niño su trompo!

Antes de infundirle vida, será el mecánico que sueña con la resolución



El torrente

del invento, y, una vez que lo lance de su mano, será una inteligencia que crea, un genio, un Dios miniatu-
tura.

SALVADOR RUEDA

